

por éstos en la institución madrileña, fundada una generación antes (1752) de la compra de los dibujos a la viuda de Procaccini (1775). Estudios a lápiz rojo o carboncillo de manos, pies, ropajes, copias de vaciados en yeso, modelos desnudos, etcétera, del maestro y de su discípulo Procaccini cuentan el alma del taller y el basamento de la enseñanza académica. «El lugar del dibujo. Autoridad y enseñanza» finaliza la exposición mostrando la autoridad de ciertos maestros antiguos como Rafael (uno de los grandes modelos de Sacchi y Maratti) del que la Academia compró una serie de copias de la Farnesina, verdaderas «'academias' de 'academia'» como arguyen los comisarios.

Varios de los dibujos han sido restaurados ex profeso para la exposición con el patrocinio del organizador. Destaca la hoja compuesta por cinco caricaturas femeninas realizadas por *Il Domenichino* hacia 1632 que integraba uno de los álbumes de Maratti, autor también de otras notables caricaturas en el mismo volumen. La restauración desprendió los dibujos sueltos del soporte original antiguo mostrando los reversos, acción que ha ayudado a precisar la catalogación.

La exposición está documentada por un catálogo de 168 páginas que consta de dos estudios monográficos escritos por Ascensión Ciruelos («El dibujo de los maestros. Fondo antiguo de la Academia», pp. 11-39) y Jorge Maier («El maestro de los maestros: dibujo del Seicento en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando», pp. 41-54) y las fichas de catalogación y fotografías de todos los dibujos.

RICARDO CENTELLAS SALAMERO
Diputación Provincial de Zaragoza

NECROLÓGICA

ANTONIO BONET CORREA (A CORUÑA, 20-X-1925 / MADRID, 22-V-2020).

En el primer capítulo del *De architectura*, Vitruvio precisó que la educación de un buen arquitecto debía ir mucho más allá de los conocimientos técnicos en Geometría, Óptica y Aritmética para incluir también la Gramática, la Historia, la Filosofía, la Música y el Derecho. Solo quien poseía esta completa formación podía alcanzar el éxito en sus obras. Antonio Bonet Correa, arquitecto del conocimiento, siempre se interesó por Vitruvio y, entre sus innumerables proyectos, estaba el de escribir un libro que se titularía *De Vitruvio a Le Corbusier* y del que ya tenía tomadas muchas notas. Fiel al espíritu del romano, no se conformó con los métodos al uso en la Historia del Arte, sino que rompió los moldes tradicionales para proyectar una mirada amplia, a vista de águila, sobre el territorio, la ciudad y los otros objetos artísticos producidos por el ser humano e imprescindibles para conocer su evolución y sus estructuras sociales. Educado en un ambiente intelectual, aprendió de sus padres el gusto por las artes y la literatura, su vocación primera, y desde joven mostró una rara curiosidad por el conocimiento bajo cualquiera de sus infinitas apariencias, así como un don para la conversación y una cordialidad inusuales, que le acercaban a su interlocutor y le distinguían de la mayoría de sus colegas. Observador atento y viajero infatigable, tras completar su formación en París con Elie Lambert y Pierre Lavedan, y tras defender en Madrid su tesis doctoral sobre la arquitectura de Galicia en el siglo XVII (1956), pasó una larga y provechosa temporada en México, donde conoció y trató a los más grandes historiadores del momento, estableciendo unos vínculos intelectuales y afectivos con América Latina que nunca se rompieron y le llevarían, andando el tiempo, a recorrer todos esos países salvo Paraguay, como siempre lamentaba. Mientras, fue catedrático en Murcia (1965), Sevilla (1967) y, por fin, en Madrid, adonde llegó en 1973, con una novedosa forma de entender el arte en conexión con la sociedad, la cultura y la ciudad, una de sus grandes pasiones intelectuales junto con el Barroco. Como los clásicos modernos, Antonio Bonet nunca puso límites a su interés y analizó por igual y con idéntico rigor todas las artes del dibujo y todos los periodos, desde la Antigüedad al Arte Contemporáneo, haciendo gala de una versatilidad y una audacia tan extraordinarias como su prodigalidad intelectual, patente asimismo en el ingente número y la diversidad de tesis doctorales que dirigió. A menudo se señala la gran cantidad de discípulos y discípulas que tuvo, y es innegable que sembró la universidad española de profesores, muchos de ellos catedráticos y catedráticas en una proporción asombrosa, que no solo se explica por esa generosidad tan suya de compartir ideas y proyectos con quienes le rodeábamos, sino también por una seguridad en sí mismo que le permitía impulsar las carreras de los más destacados sin temor a que le ensombrecieran, sino celebrando y compartiendo sus éxitos. *Rara avis*. Por eso no le importaba ponernos en contacto con sus ilustres amigos o enviarnos, en su lugar, a impartir una conferencia en un foro internacional; así pude conocer y tratar a muchos estudiosos que habían sido la bibliografía

esencial de mis años formativos, tales como Kubler, Argan, Guidoni, Bottineau, Fagiolo, Battisti, Scotti, Comoli, Matteucci, Puppi, Cantone, Lorenz, Mossakowsky, Chanfón, Villegas, Gutiérrez y tantos otros de Europa y América.

Jubilado tempranamente en la Universidad Complutense de Madrid, por culpa de una ley que enseguida se derogaría, Antonio Bonet centró entonces su actividad en las numerosas instituciones y comités de los que formó parte, en especial el Patronato del Museo Nacional del Prado y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que fue director en 2008-2015 y donde ingresó en 1988 con un heterodoxo discurso sobre los cafés históricos, que constituye todo un manifiesto sobre su forma de ser, su vitalidad y su manera de entender la Historia del Arte. Desde los libros, las aulas y las tribunas Bonet no solo impulsó el conocimiento especializado, sino que, adelantándose al futuro, se ocupó de transferirlo a la sociedad en su conjunto; cuando fue vicerrector de Cultura en la Complutense (1981-1983) promovió la Universidad en los Barrios, una iniciativa pionera y utópica que tuvo mucha repercusión. También propuso fundar la Universidad del Sur en el Matadero de Madrid, como una forma de salvar este patrimonio arquitectónico y para promover el desarrollo urbano, económico y social de este confin meridional, mucho antes de que Getafe ganara la partida y Matadero se convirtiese en un centro cultural de referencia. En los años 1980-1990 contribuyó de un modo decisivo a la apertura intelectual de España y a la difusión del conocimiento desde su actividad editorial en Cátedra, donde impulsó la traducción de libros primordiales para la internacionalización de nuestra Historia del Arte y promovió la publicación de otros que transformaron nuestra forma de ver y de pensar.

Compartir el saber fue esencial para don Antonio, aunque no siempre lo hacía a gusto de todos. En una ocasión, mientras explicaba las invenciones de un cuadro de George de La Tour (1593-1652), una alumna le afeó que no proporcionase fechas y datos, a lo que Bonet respondió: “Señorita, eso está en los libros”. Su personalidad y su ciencia no se reflejan solo en los libros que escribió y en los que quiso escribir, sino en el magisterio que transmitió y que alumbrará siempre a quienes le quisimos, le admiramos y le recordamos cada día, tristes por su ausencia y orgullosos por haber formado parte de su vida.

BEATRIZ BLASCO ESQUIVIAS
Universidad Complutense de Madrid